



EL TRAJE DEL ASTRONAUTA

Marina Beloki





MARINA BELOKI (*Madrid, 1984*) es editora.





El traje del astronauta

MARINA BELOKI

Vosotras no os disteis cuenta pero yo os estaba mirando los pies. Desde los pies subía por vuestras piernas hasta la cadera. Balanceabais los brazos, os tocabais tímidamente, os rozabais para subrayar alguna frase de lo que decíais. No me acuerdo de nada de lo que decíais. Los pies de Laura se acercaban a los de Julia, Julia solía quedarse quieta. Luego os sentasteis en unos taburetes y aquel baile de pies se convirtió en un baile de piernas, que enredabais y desenredabais.

Subí los ojos y os estabais mirando con intensidad. Esa noche habíamos quedado para que os conocierais, las dos estabais saliendo con-





EL TRAJE DEL ASTRONAUTA

migo. Julia llevaba triste un tiempo, pero esa noche le brillaban los ojos, hablaba con voz grave de los temas más interesantes que se le ocurrían y estaba bebiendo más de lo normal. Lo estaba pasando muy bien. Laura movía las manos como si pudiera tocar las frases que iba diciendo. Se le marcaban los músculos de los brazos mientras sujetaba las palabras en el aire. Laura agarra el mundo a través del cuerpo. Esa noche estaba absorbiendo a Julia, fascinada. Su piel ardía.

Estábamos tomando un tequila intragable en un bar que tenía pintadas frutas en la fachada. Os mirabais y hacíais cosas con los labios, esos gestos semiinconscientes que tratan de calentar a la persona que tenéis enfrente. Cada una las cosas que hacéis con los labios: Julia los echa para adelante como si le diera un beso al aire, entonces se vuelven más rojos y gruesos. Laura se los muerde en un gesto infantil e implacable.



Yo me estaba poniendo enferma. Me empezó a palpar el clítoris apretado contra mi propio taburete.

Supongo que en ese momento empecé a desear que ocurriera. Julia había quedado para salir de fiesta con unas amigas. Había preparado un plan para protegerse del impacto de conocer a Laura y de vernos a Laura y a mí juntas. Pero sabíamos que no iba a ir. Las tres revoloteábamos de conversación en conversación, de mirada en mirada, como si el morbo que sentíamos nos hubiera abrasado la piel y no pudiéramos permanecer quietas en ningún lugar.

Cuando Julia está contenta camina por la ciudad como bailando. Al poco de conocernos me agarró la mano para guiarme entre la gente y los coches, «vente, chiquita». Yo miré cómo movía su cadera mientras caminaba, orientada y segura. Quise cederle el control. Ahora agarraba mi mano y también la de Laura. «Ven-



EL TRAJE DEL ASTRONAUTA

gan para acá». Laura sonreía, también quería seguir sus pasos dócilmente.

Nos llevaste a un garito oscuro y con la música alta que olía a pub inglés, yo bailaba, me ponía más cachonda con la música, con el calor, mientras seguía mirando vuestros pies. Me di cuenta de que sí quería que ocurriera me tenía que apartar un poco. Fui a por cervezas. Cuando volví os estabais mordiendo como se muerde una mazorca de maíz. Yo me turbé. Si hubiera tenido 10 años menos hubiera gritado de felicidad. O de pena. Me puse un traje de astronauta que me he construido en este tiempo. Sirve para cuando tengo miedo. Nos besábamos mareadas por la música y la adrenalina. Tremendamente cachondas. Julia me pedía permiso: «Me pone mucho tu novia». La gente nos miraba, una chica nos dijo que éramos alucinantes o algo por el estilo. A mí me parecía alucinante. Durante esas horas jugamos por primera vez a ser un trío, proba-



mos a bailar las tres, a besarnos a la vez, me atrajisteis hacia vosotras para acercar mi boca a las vuestras. Laura me agarraba del pelo y Julia de la cintura. Nuestros cuerpos, líquidos, ocupaban los otros cuerpos. Nos juntábamos y al separarnos estallábamos de risa.

Nos metimos en un taxi, un Seat Ibiza se puso a nuestra altura en un semáforo, unas chicas de 20 años tenían puesto a todo trapo «Perro fiel», de Shakira y Nicky Jam, nos pusimos a cantar con ellas sacando la cabeza por nuestra ventana. Las chicas movían los hombros bailando y el taxista se revolvió en su asiento como si se hubieran colado pulgas por el cuello de su camisa.

Llegamos al piso de la calle Sepúlveda. Yo me tumbé en la cama con el traje gris astronauta. No pude quitármelo en toda la noche. Por la borrachera, pero sobre todo por el miedo. Miedo a todos los animales que muerden. A



EL TRAJE DEL ASTRONAUTA

vuestros deseos enredándose, dejándome fuera, destruyendo la trama controlada de mis dos historias de amor. Miedo a que el caos que estábamos provocando destruyera el delgado equilibrio que yo pretendía mantener.

Vosotras fumabais en el balcón, apurando esos momentos en que yo no os observaba. Os metisteis en la cama y empezamos a follar con rabia; ver cómo os tocabais me excitaba hasta un límite que iba más allá de lo que mi cuerpo podía aguantar. Me mareaba. Me faltaba el aire. Laura estaba tumbada detrás de Julia y la penetraba con un dildo. Julia me miraba a mí a los ojos, me retaba, me seducía y me pedía perdón a la vez con su mirada. Laura seguía follándose a mi novia con una seguridad magnética, irritante. Durante unas horas, las horas en las que la luz es más verde, generamos unas cantidades enormes de electricidad, saliva, violencia y temblores. Pareciera que nadie más pudiera volver a dormir en esa cama. Por el



voltaje y por la humedad. Pero yo caí dormida entre vuestros cuerpos.

Nos despertamos abrazadas. Olía a alcohol, a sexo y a verano. Entraba por el balcón el ruido de los coches y las voces de la gente en la calle. Nos besamos y empezamos a follar otra vez, vi cómo os corríais, no sé cuántas veces, estabais ahí, contadlas. Me corrí mientras miraba cómo Julia miraba tocarse a Laura. Me corrí para hacerlos hueco. Para poder bajar la cremallera del traje de astronauta.

Julia nos volvió a coger de la mano para llevarnos a desayunar a uno de esos lugares pijos de Barcelona, yo os hacía fotos como si fuerais un animal exótico que se ve una sola vez en la vida. La luz entraba limpia por la ventana, caía sobre nuestros platos con tortitas y huevos Benedict. Las dos teníais los labios rojos e hinchados por el sexo. Todavía transpirábamos sustancias poderosas que habían producido nuestros cuerpos follándose. Ahora observá-



EL TRAJE DEL ASTRONAUTA

bamos otro experimento químico, ya no estábamos nerviosas, como la noche anterior, sino expuestas y vulnerables, balbuceantes porque había algo de todo aquello que no reconocíamos. Follándonos habíamos roto la seguridad de los binomios, habíamos abierto las manos para soltar nuestras parcelas de control individual, todavía escuchábamos el estruendo de la vajilla chocando contra el suelo en una boda griega. En ese momento no sabíamos nada, qué iba a ocurrir, cuánto nos dolería, si seguiríamos teniendo cierto poder sobre esa bomba de belleza.

Julia volvía a tener planes para esa mañana, una barbacoa en una terraza que estaba a unas pocas calles. Laura y yo notábamos que quería quedarse. Apretaba ese momento luminoso como un cojín en una noche de lluvia. Fue al baño. Laura y yo nos miramos. Se supone que ese fin de semana iba a ser para nosotras dos. Pero nadie iba a reclamar ese tiempo. Esa ma-





MARINA BELOKI

ñana parecía que no había líneas de separación entre nuestras historias. Yo me había quitado el traje de astronauta. No podía viajar al pasado y tratar de protegerlo. No podía viajar al futuro y preocuparme. Julia volvió del baño. «Chiquitas, vámonos a la playa».

